

emanuel dimas de melo pimenta

33.33

réquiem para william anastasi

para Dove Bradshaw

un homenaje a Alberto del Genio

muchísimas gracias a Juan Puntes

Iba y venía con John Cage por su casa de Manhattan en 1987. Estábamos preparando el almuerzo para un par de amigos y para Merce Cunningham, que estaba en el estudio ensayando en ese momento.

Luciana estaba en un lado de la vivienda. Creo que Laura Kuhn también estaba allí.

Ayudé a John en la cocina, aunque la mayor parte del tiempo no quería mucha ayuda... Me pidió que fuera a la mesa redonda del salón, donde almorzaríamos, para asegurarnos de que todo estaba preparado.

Caminamos y hablamos como de costumbre. Caminamos desde la cocina abierta hasta el salón, que no tenía paredes. De repente, tropecé con algo y casi me caigo. John me agarró firmemente por el brazo. Él tenía setenta y cuatro años, y yo veintinueve. Caminaba deprisa a su lado, y si me hubiera caído, ¡habría sido un desastre!

Había algo en el suelo, algo en lo que no había reparado. Era un trozo de metal. Le pregunté qué era. Sonriendo, John me miró y dijo: "Acabas de tropezar en Bill Anastasi".

Había tropezado en una escultura de Anastasi, que era una placa de metal en el suelo. "Él y Dove Bradshaw van a venir hoy a comer, será estupendo que os conozcáis. Dove y Bill son grandes artistas y amigos muy queridos. Bill y tú seréis amigos para siempre, estoy seguro -continuó John, siempre con una amplia y dulce sonrisa.

William Anastasi tenía cincuenta y cuatro años, exactamente veinte menos que John, pero no aparentaba treinta. Dove tenía treinta y cinco, pero parecía una chica de apenas veinte años.

A Bill y a John les encantaba jugar al ajedrez. Durante años jugaron todos los días. Yo jugaba al ajedrez con mi padre y algunos amigos, pero nunca con ellos. Tras la muerte de John, jugué en aquel tablero con mi hija, Laura, pero nunca llegué a jugar con John.

En aquel primer encuentro, Bill y yo hablamos largo y tendido. Hablaba muy poco, era inteligente, sagaz y al principio me pareció una persona muy desconfiada. Pero a partir de ese momento, fuimos amigos para siempre, tal como John había predicho.

Perdí la cuenta de cuántas veces cenamos en casa de Dove y Bill durante los treinta y cinco años siguientes. Normalmente, las cenas se prolongaban hasta bien entrada la noche y las conversaciones giraban casi siempre en torno a la filosofía, el arte, la literatura, la ciencia...

Dove era normalmente quien preparaba la cena. A menudo se inspiraba en la cocina de John Cage. A veces cocinaba yo. Sólo yo bebía vino. Por eso siempre llevaba vino a las cenas. A veces, sobre todo últimamente, Dove también bebía vino, pero muy poco.

Siempre me gustó cocinar para ellos.

Tengo también un alma italiana y una vez hice espaguetis con tomate, como se hace en Nápoles y en el sur de Italia, al dente. Bill se emocionó al decir que era la primera vez desde que era niño que comía pasta como la que hacía su abuela. ¡Y no paraba de comer!

En cada encuentro, hablábamos largo y tendido sobre cuestiones como la naturaleza de la intención, el libre albedrío, los límites del Universo, la conciencia, la naturaleza del tiempo, los sistemas disipativos, etc.

A menudo, cuando llegaba o cuando me iba, él se dirigía al piano del salón y tocaba a Chopin, que le fascinaba. Los vecinos estaban encantados; una vez hablé sobre eso con uno de ellos. A menudo, Bill y Dove dejaban intencionadamente abierta la puerta principal del apartamento.

Bill era un artista visual especialmente brillante.

En 1961, hizo Relief: un bloque de hormigón sobre el que, aún fresco, orinó. A principios de la década de 2000, reprodujo esta obra en Bolognano, Italia, y yo hice un trabajo fotográfico durante su ejecución.

En una de sus obras, de 1966, Blind, las salas eran pintadas como camuflaje de guerra y en el centro, de forma casi imperceptible, él estaba completamente desnudo.

Una de sus obras de 2008 para una exposición en Alemania tenía una sola palabra: "Judío". Esta obra comenzó en 1987, el año en que nos conocimos, con un cuadro con su imagen y la palabra "judío". En 2009, había otro cuadro, llamado intencionadamente "sin título", pero también "Ich bin Jude".

Independientemente de las cuestiones simbólicas, Anastasi operaba el proceso. Y eso fue lo que tuvo un impacto más profundo, revelando a veces significados eludidos en el título, y no al contrario.

Hablamos mucho de todo esto, y a menudo del hecho de que lo que llamamos "civilización occidental" es una emergencia del universo judeocristiano.

Bill estaba verdaderamente horrorizado, como todos nosotros, por los horrores del Holocausto.

Como yo, leía regularmente el Talmud y estaba encantado con él.

De hecho, era judío: amaba el conocimiento. La justicia y el respeto eran cosas esenciales en su alma.

Había un fuerte vínculo entre nosotros. Como si siempre hubiéramos compartido el mismo universo intelectual, desde que nacimos, a pesar de la gran diferencia de edad. Él interpretaba esta identidad como una especie de proyección del universo de John Cage, a quien veneraba.

Pero había una gran diferencia entre nosotros, de la que a menudo hablábamos libremente. Bill pensaba sinceramente que los seres humanos eran esencialmente egoístas, que cada uno vivía exclusivamente para sus intereses personales, y que el altruismo era una ilusión, algo que no existía realmente, que no era humano.

Para él, lo humano se caracterizaba por la guerra, la explotación y la sumisión humillante a los demás.

En los años setenta, Bill había leído el libro *El Gen Egoísta*, del biólogo inglés Richard Dawkins. Yo también lo leí unos años más tarde. Este libro se convirtió en una referencia fundamental para Bill. Así, dado que todos somos genéticamente egoístas, deberíamos sospechar siempre de los demás. Nunca estuve de acuerdo con Dawkins y siempre pensé exactamente lo contrario, como digo en algunos de mis trabajos.

Bill creía sinceramente que Hobbes tenía razón, que un ser humano era el lobo de otro ser humano. *Homo homini lupus*, repetía siempre. Por otra parte, a lo largo de mi vida, siempre he creído que no puede haber creatividad sin generosidad, y que los seres humanos son esencialmente creativos.

Miramos a nuestro alrededor y vemos espíritus totalitarios e incultos por todas partes. Pero a lo largo de miles de años, con interrupciones aquí y allá, hemos seguido siendo libres. Podemos imaginar y temer, no sin razón, la metamorfosis del mundo en un ambiente globalista totalitario, como prometen las dictaduras y los pensamientos tiránicos en el siglo XXI. Es posible que esto ocurra, pero nunca antes se ha sometido el ser humano a un régimen de esclavitud general a escala mundial.

Si hay algo que siempre ha superado nuestras diferencias, es la libertad.

En 2013, cuando Bill Anastasi cumplió ochenta años, le presenté un largometraje que había hecho sobre él, con imágenes filmadas desde principios de la década de 2000. Cuando vio la película por primera vez, en su casa, en el reproductor de vídeo de la pequeña habitación contigua a la cocina, Bill se emocionó. Pero fue igual la emoción para mí y para Dove.

Fue una celebración del amor.

Además de este largometraje, de una hora y media de duración, hice algunas otras películas sobre artistas o personas relacionadas con el arte, como la baronesa Lucrezia De Domizio Durini, que había trabajado con Joseph Beuys, o el artista-arquitecto portugués João de Almeida, que había sido un querido amigo de Jean Arp en Suiza.

Pero, como si se tratara de algo inesperado, la vejez llegó implacable y Bill partió hacia otra dimensión. Habían pasado treinta y seis años desde que John nos había presentado.

Su muerte no fue repentina. Primero se quedó ciego, luego perdió la memoria y la capacidad de navegación espacial. Durante este proceso de muerte lenta, a veces salíamos todos a cenar, cuando yo aún estaba en Nueva York. Estábamos muy preocupados por Dove. Entonces, un día, me enteré por una amiga de que había fallecido.

En ese momento, decidí componerle un réquiem. A pesar de haber sido un espíritu profundamente anticlerical, de no haber sido nunca una persona religiosa en términos institucionales, William Anastasi fue profundamente religioso en vida. Creo que nunca entendió el significado de una misa y era radicalmente reacio a cualquier manifestación mística. Pero ante James Joyce, Pound, Homero, Goethe, Dante, Lewis Carroll o John Cage, su querido amigo, se convertía en un niño maravillado, alguien profundamente conectado con la Naturaleza.

Cuando yo le ofrecía grabaciones de George Bolet, Samson François o Sviatoslav Richter, entre otros, era como si hubiera recibido un tesoro de valor incalculable. Sus ojitos brillaban y me abrazaba emocionado.

Creo que en 1999 o 2000, Bill me presentó a su afinador de pianos, que se convirtió en mi afinador a lo largo de los años. Era un hombre difícil, pero muy competente. ¡Había sido el afinador del gran pianista Glenn Gould! Y aquí surgieron pensamientos de ira, porque Gould despreciaba a Cage; pero cuando presentó su composición, sonaba exactamente igual a lo que había hecho el mucho mayor John Cage - Bill, que tenía un fuerte espíritu de justicia, le acusó.

¡Cuántas veces Bill y yo nos deleitamos leyendo juntos fragmentos de textos de grandes mentes!

Aquellos momentos -maravillándonos de la mente humana, de los

sueños, a través de la poesía, la literatura y la filosofía- eran para William Anastasi la verdadera dimensión de la Tierra: el pensamiento como concreción de la vida y, en ella, el movimiento, que es siempre el fundamento de la metamorfosis, la transformación y el descubrimiento.

Éste era el signo principal de William Anastasi: la transformación, la mutación de los signos, ¡el tiempo!

Todas sus obras operan en esa dimensión.

¿Cómo no pensar inmediatamente en *Conjunciones y Disyunciones*, obra de Octavio Paz de 1969? En ella, el escritor mexicano nos dice "El espíritu de todos los hombres, en todos los tiempos, es el teatro del diálogo entre el signo del cuerpo y el signo del no-cuerpo. Este diálogo son los hombres".

Esta tensión entre el cuerpo y el no-cuerpo, de la que hablo en mi libro *SOMA*, es el tiempo, tan fuerte para Agustín, y es el fundamento de la obra de William Anastasi.

No hay tiempo sin metamorfosis, transformación y diferencia.

Así que, adentrándome en esos misteriosos laberintos de la vida en permanente transformación, quedó claro que mi propia existencia -veinticuatro años más joven- también era eso: ¡tiempo! El mismo tiempo que había surgido tecnológicamente a través de los poros genéticos de mi padre.

Quizá por eso nos hicimos amigos tan profundos tan rápidamente.

Bill murió el lunes 27 de noviembre de 2023. Me enteré unos días después. La temperatura en Nueva York, que tanto amaba, era suave aquel día: entre 6 y 11 grados centígrados. Había llovido copiosamente a primeras horas de la mañana. A las ocho desaparecieron las nubes y el día se volvió soleado, aunque fresco. La humedad era baja. Estaba ciego y tenía graves problemas cognitivos.

Pero estaba tranquilo y sosegado.

Había nacido noventa años antes en Filadelfia, Pensilvania. Su primera exposición individual fue en 1964, en la famosa galería de Betty Parsons, a la edad de treinta y un años.

Los primeros años que nos conocimos, Bill decía con orgullo -un orgullo juguetón y sarcástico- que era nieto de un peligroso mafioso siciliano. Lo contaba riendo, como si fuera algo perdido en un mundo mítico, en otra dimensión.

Los libros siempre han sido una luz magnífica e imperativa para los dos. Tantas veces hablamos de ediciones de autores, a veces desconocidos, a veces grandes clásicos.

Entonces, un día, encontré por casualidad un libro sobre el abuelo de Bill Anastasi. Un terrible asesino, un gángster violento. Compré dos ejemplares, uno para mi biblioteca y otro para la suya. Cuando cogió el libro, se quedó lívido. Lo que siempre había sido un sueño mítico perdido en el tiempo, una broma sarcástica e irónica, de repente tomó forma de vida, de historia, de realidad. Y él se quedó atónito. Paralizado.

Bill era una persona absolutamente pacífica, aunque si tuviera que luchar, sería el primero, dijo. Contó su única experiencia de lucha en toda su vida: cuando era joven, iba en coche con una chica y de repente le interceptó otro vehículo, con cuatro chicos muy agresivos que le amenazaron. Salió del coche, se puso en posición de lucha y gritó, uno a uno: "¡Vamos! ¿Quién será el primero?". Y los chicos se marcharon inmediatamente. Bill diría en una de nuestras deliciosas cenas: "¡Nunca me he peleado en mi vida! Ni siquiera sé por qué lo hice. Pero tuve que hacerlo. Fue la pelea más rápida de mi vida, ¡gané sin tocarles! Y esa experiencia me enseñó mucho sobre la naturaleza de los seres humanos".

Más tarde, diría: "Emanuel, vivimos en un mundo muy peligroso. Ten en cuenta que desde Homero seguimos siendo las mismas personas: relee la Ilíada, la Odisea, ¡está todo ahí! ¡Seguimos siendo precisamente las mismas personas! Sin embargo, hay una diferencia importante: ahora tenemos ametralladoras, armas automáticas, misiles, armas atómicas... ¡pero seguimos siendo los mismos! Somos tan limitados como antes y, por otra parte, ¡hemos aumentado enormemente nuestra capacidad de destrucción!"

Algún tiempo después, en 2001, durante el rodaje del largometraje sobre él, le pedí que repitiera este pensamiento.

Y lo hizo. Y lo filmé.

¡Este ser creativo profundamente pacífico habría sido el descendiente de uno de los gángsters más brutales y temidos de Nueva York!

Cuando Bill abrió las páginas del libro sobre Albert Anastasia -cuyo verdadero nombre era Umberto Anastasio- se sentó y se quedó sin habla. No sonrió ni dio las gracias. Se había quitado un peso de encima. Un peso que sólo él conocía y que creía que ya se había evaporado dulcemente en las sombras de un universo mítico, en las sombras de una memoria sin personas, todas ellas ya muertas.

Ahora, el pasado -que no le pertenecía, pero que también era él- estaba definitivamente allí, frente a él, en aquel libro.

No sé qué hizo Bill con el libro.

En mayo de 2024, el periodista de investigación Andrew Milne publicó un interesante artículo sobre el gángster: "Cofundador de Murder, Inc. y jefe de la infame familia Mangano, Albert Anastasia era uno de los gángsters más

temidos de Nueva York, hasta que su historia llegó a su fin de forma estremecedora. La palabra griega anastasis significa literalmente "levantarse". Es una raíz adecuada para el nombre de Albert Anastasia, que pasó de ser un niño pobre y huérfano de padre en Italia al gángster más temido de Nueva York, un hombre tan sanguinario que le llamaban el "Lord Alto Verdugo" (...) y su dramática muerte en una barbería de Nueva York".

Bill me había hablado a menudo de esta muerte en la barbería, un asesinato brutal, como los que vemos en las películas de Scorsese, por ejemplo.

Vito Genovese, Carlo Gambino y Joe Gallo fueron presentados como los autores intelectuales del crimen, pero nunca atraparon a los asesinos.

Sin duda, Anastasia había ido demasiado lejos.

¿Cómo podemos poner este descenso y la devoción declarada de William Anastasi a John Cage -cuya vida estuvo enteramente dedicada al amor- uno al lado del otro? ¿O a sus sueños románticos de una vida con Dove Bradhsaw, al son de los preludios, mazurcas o nocturnos de Chopin?

El mundo de William Anastasi era el mundo de la transformación, de la metamorfosis.

Cuando, el 28 de noviembre de 2023, Marcia Grostein -querida amiga, vecina nuestra en Nueva York y brillante artista- me comunicó la muerte de mi querido amigo, escribí inmediatamente a Dove. El 7 de diciembre, ella me escribió un cariñoso mensaje. "Cada día hay tanto que hacer y hay tantos, tantos recuerdos sinceros de todo el mundo..." - escribió.

Era el primer signo de John: ¡el cambio!

Así había sido la vida de Bill Anastasi, que se repetía ahora, como si la existencia humana pudiera de algún modo, a través de la memoria, no someterse nunca a la interrupción de la metamorfosis.

Llevé a Bill y a Dove a Portugal e Italia. Se hicieron amigos de Alberto de Genio, fueron a la Punta Campanella...

No es frecuente que haya una pareja de grandes artistas. Mario y Marisa Merz eran amigos míos muy queridos, y fueron una excepción. Las obras de Bill y Dove son brillantes.

Cuando me enteré de la muerte de mi querido amigo, empecé a pensar inmediatamente en cómo podría componerle un réquiem.

Un réquiem es una misa dedicada a los muertos. Para muchos, la expresión "misa" indicaría el sentido de "desprenderse" de las cosas materiales, de percibir un orden que las supera. Sin embargo, el origen etimológico de la palabra misa, que considero correcto, es la expresión

hebreo matzâh, que indica la idea de un pan plano sin levadura, como una especie de pita, y que se tradujo al latín como "messá". Esta palabra dio origen al término "misión", el desprendimiento de los asuntos puramente materiales en favor de un objetivo mayor.

Éste puede haber sido el significado principal de la matzá cuando, hasta el día de hoy, el Séder (Pascua judía) celebra la fabulosa salida de Egipto, el Éxodo, Israel y la existencia humana. ¡Una misión!

Este es el origen de los folares, especialmente los salados, en el norte de Portugal.

Bill era muy sensible a la cuestión de la misión.

Es algo que siempre ha permanecido misterioso para él.

Una vez, al final de una de nuestras cenas, me preguntó por qué componía, por qué hacía mi música, mis libros, mis diseños arquitectónicos, trabajando incansablemente y sin descanso durante noches y noches... tantas veces sin descanso, sin fines de semana ni vacaciones. Después de todo, ¿qué sentido tenía todo aquello? ¿Por qué lo hacía? Le respondí que para mí era algo misterioso, difícil de explicar, como una especie de misión, pero en un sentido que trascendía mi propia existencia. Entonces me dijo que John Cage tenía exactamente la misma idea y que una vez le había confiado que su razón de vivir, el sentido de su vida, era una misión. John tampoco pudo explicar claramente lo que eso significaba. Para Bill, esta idea siempre siguió siendo algo misterioso, enigmático.

Le intrigaba profundamente.

Misa - misión.

Bill Anastasi era una persona profundamente anticlerical y, al mismo tiempo, profundamente religiosa. Se oponía sensiblemente a todas las instituciones, algo que le unía profundamente a John Cage y a mí. Nosotros tres siempre hemos tenido muy presente la idea de la anarquía, en el sentido de crítica permanente a las manifestaciones de la concentración de poder. Nunca hemos pertenecido a ningún partido, a ninguna ideología ni a ninguna religión en particular. Siempre hemos creído en la importancia de la libertad, algo que se volvería raro en un mundo formado por grupos en conflicto permanente.

Ahora que él estaba en otra dimensión, yo tenía un desafío: componer un réquiem -una misa- para William Anastasi.

En la Nochevieja de 2023 a 2024, es decir, en la madrugada del 1 de enero, me encontraba en casa de unos parientes cerca de Saint Malo, en Bretaña, al norte de Francia. Soplaba una tormenta procedente del Mar del Norte. Los vientos empezaron a aullar después de medianoche. Hacia las

tres, oí las ondas expansivas de las gotas de agua y los gritos del viento contra el cristal de la ventana del dormitorio donde dormíamos. ¡Aquellos sonidos eran la expresión por excelencia de la metamorfosis, de las transformaciones de la Naturaleza!

Me levanté, me acerqué a la ventana, le fijé unos sensores y grabé el fenómeno.

¡Aquellos se convertiría en la base del réquiem!

Y así fue.

Veintidós años antes, en 2001, tras una de nuestras deliciosas cenas, realicé una sesión fotográfica en casa de Bill y Dove. Era más de medianoche. La sesión fotográfica se realizó con el movimiento de luces y de tres cuerpos: Dove, Luciana y Bill. Éste fue el material utilizado para crear la película sobre el réquiem.

Tanto la música como la película tratan sobre el movimiento y el cambio.

El título del réquiem, música y película, es 33.33, porque al final de la grabación, sorprendentemente, ésa era su duración, sin que yo lo hubiera hecho intencionadamente: 33 minutos y 33 segundos. Y es una referencia evidente a la pieza de John Cage 4'33", que tanto le gustaba, ¡y al acaso, a las leyes de la metamorfosis del mundo!

Una referencia misteriosa, oculta por la vida y por el orden oculto de la Naturaleza, que tanto inquietaba a William Anastasi.

Emanuel Dimas de Melo Pimenta

Locarno 2024